

# La Dialéctica del Liberalismo y El Totalitarismo

Por Goetz A. Briefs

TRADUCCION DE C. SANZ DE SANTAMARIA

La primera parte de este ensayo fue publicada en los números 50 y 51 de la Revista de América.

La segunda parte no ha sido publicada, hasta ahora, y fue escrita por el profesor Briefs durante la última guerra mundial, cuando Hitler acababa de firmar el pacto con Rusia.

Parece oportuna la publicación de esta segunda parte, en vista de la actual situación de las zonas oriental y occidental de Alemania (1).

## SEGUNDA PARTE (IX)

Los países situados al oriente del río Elba no aceptaron nunca el liberalismo, el individualismo y la democracia como filosofías vitales de su vida. Recibieron una invasión de ideales e ideas liberales, de instituciones y valores democráticos; pero entre más avanzó ella hacia el este, más leve fue el veneno que difundió sobre la mentalidad de los países en cuestión. Además,

---

(1) "No sabemos lo que nos pasa y lo que nos pasa es eso, que no lo sabemos", ha dicho recientemente Ortega. Para contribuir a aclarar la incierta situación del mundo actual, una revista como "IDEAS Y VALORES" ha de confiar en la inteligencia ante todos los factores que juegan en el proceso. Hé aquí este ensayo, hasta ahora inédito, que inteligentemente penetra en muchos de los fenómenos de la vida moderna y en sus antecedentes próximos y remotos.

las ideas liberales y democráticas, a medida que fueron adoptadas, sufrían una mutación específica para adaptarse a la mentalidad oriental y a las situaciones especiales de los grupos que las seguían. Las negaciones implícitas en el liberalismo, se transformaron en negaciones radicales —de allí la fuerte inclinación hacia el anarquismo, como en el caso del año 60 en Rusia—; y las afirmaciones provenientes del individualismo se transformaron en afirmaciones radicales. En consecuencia, se encuentra allí un individualismo inhibido, que a menudo termina en nihilismo. Cuando a partir del año 90, el marxismo se apoderó de la imaginación de los intelectuales rusos que vivían en exilio en Alemania, en Suiza y en Francia, se produjo un nuevo cambio. La interpretación marxista de Lenín, derrotó al dogma marxista de hombres como Plechanow y P. von Struve. Pero la adaptación completa del pensamiento marxista a la mentalidad rusa y a las circunstancias, tuvo lugar con Stalin; él envolvió la verdadera realidad rusa en la capa de una Iglesia marxista ortodoxa. En vista de la falta de una sociedad burguesa (de acuerdo con el concepto occidental), los intelectuales rusos, desde el año 60 hasta el 90, interpretaron el “liberalismo” como la completa negación del Estado; pero no encontraron ninguna “sociedad” que tomara el puesto del Estado; en consecuencia, el anarquismo y el nihilismo se convirtieron en la línea de pensamiento para los más destacados individualistas y liberales de entonces. Los marxistas rusos, por otra parte, descubrieron que no existía proletariado industrial; y cuando llegaron al poder, sumieron a Rusia en la anarquía y en el caos, únicamente para poder crearlo.

La parte occidental y sur de Alemania nunca había pertenecido a la órbita oriental. Allí surgieron y tuvieron larga historia, formas especiales autóctonas de libertad y de democracia. La ola del liberalismo e individualismo occidentales había encontrado cordial acogida desde el siglo XVIII. Pero estas regiones de Alemania, centralizadas alrededor del Rhin y del valle superior del Danubio, carecían del ímpetu militar y político de las regiones orientales, en especial de Prusia. Es un hecho histórico de capital importancia, que la unificación de Alemania había sido efectuada por Prusia, y que Prusia, por sus éxitos y sus victorias espectaculares, había cautivado las mentes

receptivas de los intelectuales alemanes, de los escritores, y del profesorado, además de muchos miembros del clero.

El destino de Prusia ha sido siempre el de dominar, con mano firme, pueblos de orígenes raciales diferentes y de tradiciones y costumbres históricas distintas. Una profunda valla separa a los habitantes de las regiones del Rin y a los de Hannover, de las provincias orientales de Prusia, en su cultura y tradición. Aún un "mecklenburger" habría reaccionado en forma distinta y, naturalmente, "con mayor cultura" que su vecino el Pomeranio Prusiano. Estas cosas se han dicho muchas veces; son hechos reales. Prusia, desde sus principios, fue un Estado, un anillo de acero que rodeaba una variedad de razas, de pueblos y de tradiciones culturales. Sin embargo, en sus provincias occidentales tuvo también infiltraciones liberales y democráticas; la transformación de Berlín en Metrópoli, en un centro industrial y comercial, en una ciudad de letrados, creó, exactamente en el corazón del Estado, otro foco de apoyo a las ideas liberales y democráticas.

Pero las provincias occidentales y Berlín no eran el Estado; no eran reconocidos como genuinamente prusianos. El gran historiador prusiano L. von Ranke, cuando hablaba y pensaba sobre Prusia, siempre hizo excepción de esas provincias occidentales; sólo las provincias orientales del Estado eran realmente "Prusia". En nuestra época, Oswald Spengler hizo exactamente lo mismo; trazó una línea entre Prusia y las regiones surorientales de la vieja Alemania. Para él estas últimas estaban infectadas con ideas liberales y formas democráticas y, en consecuencia, no eran "verdaderamente alemanas".

Sin embargo, Prusia era protestante y no ortodoxa como era Rusia. Sin duda, la Iglesia protestante era la Iglesia del Estado, la Iglesia establecida; pero el protestantismo estaba basado en "la conciencia evangélica" y en la interpretación individual de la Biblia. Desde estos ángulos (en esta era de perfecta secularización de la mente) tenía que aparecer un liberalismo intelectual. La mentalidad alemana del siglo XIX (sería más adecuado decir la "mente prusiana"), muestra este fenómeno peculiar de una desenfrenada libertad de pensamiento, acompañada de una glorificación, igualmente desenfrenada y bulliciosa, del Estado prusiano. Para Hegel, este Estado era la permanencia de la ley moral y del "Espíritu del mundo"; la izquierda

hegeliana pudo haber ridiculizado esta idea, pero algo de esta exagerada sumisión y de esta fe, casi religiosa, en el Estado prusiano se hicieron características, aun en muchos intelectuales liberales y libre-pensadores y en grupos de la clase media durante el siglo XIX. Desde 1870 esta fidelidad al Estado se transfirió a "Alemania", pero había el entendimiento explícito de que se trataba de "Prusia-Alemania". Muchos liberales alemanes del occidente y del sur, naturalmente, estaban muy lejos de adoptar esa fe en Prusia; su filosofía política tenía el sello occidental, de la misma manera que lo tenía también el liberalismo de algunos industriales renanos, banqueros y comerciantes, que jugaron un papel insignificante desde el año 40 hasta el año 70. Marx Stirner es el caso peculiar de un liberal individualista en el campo prusiano, que negaba el "**sacrificium intellectus et morum**" requerido para súbditos prusianos; reveló una lógica interna que sustituyó el "**ego ideal**" de Fichte, el "**ego empírico**" y termina en una filosofía de claro egoísmo nihilista. Ninguno de los anarquistas del occidente niega la realidad de la sociedad y la necesidad de la armonía social; la existencia de un orden social fue para ellos, evidente y natural. Pero el pensamiento liberal e individualista, al invadir las tierras del este del río Elba, o permanecía restringido a actividades no políticas, o se transformaba en una tendencia hacia el anarquismo y el nihilismo.

Hasta un cierto punto Nietzsche, también es un ejemplo, bien que las ideas de Stirner hubieran o no tenido una influencia sobre él.

Parecía existir una afiliación, una unión más íntima de las ideas liberales y democráticas, con el movimiento marxista de los trabajadores en Alemania. Prusia estaba en la parte más vigorosa de la reacción; y el movimiento era democrático, y en cierta forma "liberal". El Estado prusiano resolvió pronto que este movimiento golpeaba directamente sobre el corazón de su propia existencia y lo combatió duramente. Sin embargo, cuando todo se había dicho y hecho, hasta el movimiento obrero se sometió también al Estado. Se había modelado a sí mismo, al menos en la parte sindicalista del movimiento alemán, que estaba basado en las premisas marxistas de tipo prusiano; era centralista, burocratizado, imperialista, combativo y agresivo; estaba imbuído,

con una creencia similar, por la idea de su "misión histórica", como Prusia lo había estado consigo misma.

## X

Prusia había adoptado una cierta dosis de liberalismo y democracia. Aproximadamente en 1870 en el nuevo Reich, el liberalismo era el "espíritu del tiempo", el "Zeitgeist". Prusia estaba abierta para su influencia, únicamente porque era dueña de las provincias occidentales en donde el industrialismo se inició pronto, y en donde la burguesía rica había aparecido desde hacía largo tiempo. El Barón von Stein, gran reorganizador de Prusia, después de su derrota por Napoleón, fue un alemán occidental. Apenas había comenzado a infiltrar algunas ideas de libertad y administración individual en Prusia, cuando la nobleza prusiana comenzó a acusarlo de cambios revolucionarios, y el rey se desagradó mucho con él. Parte de su trabajo de reforma fue pronto eliminado. Cuando se ganó la guerra de la liberación, el rey no quiso hacer honor a sus muchas promesas sobre una constitución. Recriminó duramente a quienes le recordaron su palabra de honor. El absolutismo fue el director supremo hasta 1848. Y cuando la revolución de ese año fue aplastada, de nuevo se archivó la idea de una constitución, hasta que el rey, en 1850, impuso una al país por decreto real. Esta constitución protegía cuidadosamente los derechos y privilegios de la monarquía y de sus vasallos dirigentes; tuvo apenas una apariencia de representación popular.

La política económica prusiana era más abierta para las ideas liberales. Los puntos culminantes de su desarrollo estuvieron marcados en los años de 1833, 1862 (tratado del libre comercio franco-prusiano dirigido políticamente contra Austria, rival de Prusia en la federación germánica), 1867 (Código liberal de industria y comercio) y algunos actos de libre comercio, en los últimos tiempos del año 60. No debe olvidarse que la clase dirigente en Prusia tenía entonces interés en el libre comercio, porque todos sus miembros eran exportadores de productos agrícolas. Esta es la razón por la cual uno de sus más destacados representantes, von Thadden, en su importante discurso en el Reichstag, en 1868, hizo un elogio tan entusiasta del libre comercio. Lo basó en los derechos naturales del hombre y

en las más claras virtudes de los conservadores. Este discurso fue el “canto del cisne” para la política liberal.

En 1874 la marea cambió; la competencia trasatlántica destruyó las últimas exportaciones de sobrantes de granos. Inmediatamente los Junkers se unieron con los grupos industriales que clamaban por tarifas de protección aduanera, y en 1879 la era del comercio libre había terminado.

El requisito adicional del liberalismo económico, la libre competencia, sufrió una transformación similar, al menos en los mercados más importantes de artículos de primera necesidad. Se formaron poderosas asociaciones y carteles. El año 80 muestra la tendencia al desarrollo de esos carteles; en 1893 aparece el ímpetu en la industria del carbón; más tarde, en la del hierro (1897) y en la del acero en 1907. Por el año de 1914, el cartelismo quedó establecido sólidamente en ramas importantes de la vida industrial alemana, gozando de tarifas aduaneras altas como una salvaguardia para su fuerza. A pesar de todos los clamores de los consumidores y de los grupos más pequeños de la clase media, el Gobierno no encontró causas suficientes para impedir su desarrollo. Es un hecho que una honda afinidad interior, une este cartelismo con la filosofía prusiana del orden.

¿No resultaron los carteles el medio apropiado para “organizar” los mercados y para eliminar la “anarquía” que la libre competencia llevaba en sí misma? ¿No era el cartel una especie de unión de productores, semejante a aquellas de la era preliberal, en su organización de un orden social satisfactorio? ¿No eran los carteles instrumentos para proteger los mercados domésticos contra la sobre-producción y un medio para conquistar mercados extranjeros?

Por propio instinto, el Estado prusiano no encontró que hubiera nada oprobioso en los carteles ni en las organizaciones similares “con tal de que los trabajadores” no se organizaran. Sus organizaciones aparecieron desde el principio, como un agravio contra las fundaciones mismas del Estado, como una amenaza contra las gloriosas tradiciones de Prusia; las huelgas eran consideradas, pura y simplemente, actividades subversivas, y la “Hidra de la Revolución” estaba al acecho, de acuerdo con el ministro von Puttkammer, detrás de toda huelga. El Gobierno alemán midió los carteles y los sindicatos obreros con diferentes medidas, aun cuando en la esencia ambos eran el mismo

fenómeno. Y "What is sauce for the goose should be sauce for the gander".

Sin embargo, los carteles industriales eran considerados como instituciones conservadoras en tanto que se juzgaban los sindicatos obreros como un atentado para minar el orden existente, político y económico. De aquí el artículo restrictivo N<sup>o</sup> 153 del Código Industrial de 1877 que limitó las actividades de los sindicatos bajo amenazas de fuertes castigos; de aquí la destrucción vigorosa de los sindicatos obreros bajo el Acta de 1878; de aquí las decisiones de la Corte, las trampas de la policía y la limitación del derecho de reunión; de aquí el dominio de la prensa de los obreros; y la deliberada limitación de la igualdad política para los trabajadores, desde las administraciones locales hasta la Dieta prusiana. Los obreros, como todas las clases bajas, eran considerados desleales al Estado, si tenían el deseo de organizarse. Se creía que estaba dentro de las atribuciones del Estado el determinar si ellos tenían necesidad de protección o no; era considerado como altanería el pensar que podían protegerse por sí mismos; era casi como si tomaran la ley en sus propias manos. El Estado los protegería si en realidad necesitaran protección.

Era un atrevimiento de los "representantes de los trabajadores" que no eran llamados ni deseados, el decir que hablaban en favor de los intereses de los trabajadores. ¿No había gozado siempre la monarquía prusiana de la reputación de ser ungida con "una gota entera de aceite social"? ¿No era la sindicalización, vista desde este ángulo, una actividad subversiva? Conducido por esta filosofía, por instituciones semi-feudales y con un poder judicial abiertamente hostil, el movimiento obrero pudo sobrevivir únicamente hasta los años 1817 y 1818.

## XI

No es necesario decir que en Rusia las cosas eran aún más "reaccionarias". Tanto Prusia como Rusia llevaban dentro una filosofía básica de la dignidad, los derechos y la supremacía del Estado, de la monarquía y de las clases aristocráticas dirigentes. El Estado, en ambos países, estaba rodeado por un halo de institución creada por Dios, santificado por una Iglesia establecida y destinado a una misión providencial. El monarca y los

dirigentes de esos Estados eran algo más que servidores del pueblo. El único rey prusiano que se atrevió a decir: "Je suis le premier serviteur de l'Etat", no habría osado insinuar que él era el "servidor del pueblo". Para ambos países es corta la frase del poeta prusiano Walter Flex: "Quien quiera que jura una vez fidelidad a Prusia nunca más tiene nada suyo". En ambos países la Iglesia establecida era el instrumento del poder secular, y ambos, el Zar y el Rey de Prusia, eran las cabezas de las Iglesias nacionales establecidas. Es sorprendente que haya sido poco apreciada la tremenda significación del carácter prusiano y ruso, cuasi-teocrático; que las repercusiones de las bases religiosas, en estos pueblos, hayan sido completamente ignoradas. Me atrevo a decir, que desde un punto de vista más amplio, la causalidad de estos hechos es mucho mayor que la de cualquier explicación trivial en las cuales pone tanto énfasis el análisis moderno.

Esta penetración mutua del Estado y de la Iglesia establecida: monarca y religión, necesariamente implicaba totalismo de alguna clase. Si el individuo, a través de su vida, tiene frente a sí mismo la alianza íntima de la Iglesia y del Estado, y si él, aun en sus reflexiones más íntimas y personales encuentra al Estado como una institución siempre omnipresente, entonces el camino para el totalismo está bien pavimentado. Si el César se identifica a sí mismo como el representante de Dios y el "summus episcopus" de la Iglesia, el ciudadano individual está enfrentado a un poder tan grande que tiene que entregarse, quien quiera que sea, y tenga lo que tuviere, o negar radicalmente que esos poderes existen. En esta época de debilitamiento de la fe religiosa y de la adhesión a la Iglesia, el individuo puede tomar una y otra con cierta ligereza; sin embargo, no es forzoso que ello lo induzca también a no dar al Estado gran importancia; por el contrario, puede tomarlo mucho más seriamente. Hemos visto repetidas veces, que teólogos muy liberales tomaron las cosas de Dios con relativa ligereza, pero las cosas de su Estado, de su Nación, fueron atendidas más seriamente de lo que cualquier cristiano debería hacerlo. Aquí, en verdad, reside el peligro de que el énfasis de la religión vaya disminuyendo y conduzca a una importancia exagerada de las cosas seculares; en especial en aquella impresionante y fuerte



que se llama el Estado, que penetra todas las esferas de la vida tangible y, por consiguiente, real.

## XII

Cuando, durante el siglo XIX, y aún posteriormente, las ideas democráticas e individualistas del liberalismo occidental invadieron esos dominios orientales, causaron un profundo choque. Da evidencia de ello el pensamiento político de los románticos, en particular de Adan Mueller; además, la tremenda impresión que K. L. von Haller hizo en estos círculos prusianos cuando revivió la idea patrimonial del Estado. Más aún, la reacción violenta contra la reforma del trabajo, del Baron von Stein, la última impresión de una filosofía conservadora, y la Santa Alianza, prueban que dos mundos básicamente diferentes estaban en lucha allí. Y lo mismo que en Prusia, así era en Rusia. La filosofía occidental golpea en el corazón de cuanto sostienen los poderes orientales; toma el Estado y la monarquía en términos seculares; los reduce a una esfera limitada de influencia y a meros instrumentos de la sociedad. Relegó la Iglesia a un sitio secundario y, para todos los propósitos prácticos, la divorció del Estado, no dejándole función alguna, directiva o de guía, en los asuntos corrientes de la vida. El liberalismo vio en todas las colectividades cuerpos ficticios tomados por individuos en sus relaciones mutuas, y colocó el valor y la dignidad individuales más allá del valor y la dignidad del Estado. Los individuos, en sus relaciones mutuas, se condensaron en fuerzas sociales y, finalmente, en la sociedad, que es para el liberalismo la realidad suprema, no el Estado. ¿Cómo podrían estos dos mundos entenderse mutuamente? La historia de Rusia y de Prusia en el siglo XIX da amplio testimonio de que no podrían hacerlo. Qué poca influencia política había ganado el liberalismo desde el año 40, última fase de la era de Bismarck, revisada o deshecha.

En forma similar las varias invasiones de pensamiento liberal en Rusia, más o menos involuntarias, fueron seguidas siempre por una época de reacción.

Naturalmente, se hicieron algunas concesiones, pero ellas nunca cambiaron la esencia del sistema. Quizá, al contrario, esas condiciones más bien fortalecieron la organización existente. El

liberalismo y la democracia en Prusia y en Rusia siempre fueron algo extranjero, algo irreconciliable con las nociones básicas y con las realidades de esos países. Las instituciones occidentales que fueron adoptadas en sus dominios orientales, sufrieron una adaptación y un cambio profundos. Sirvan de ejemplo los casos del sufragio, de las instituciones parlamentarias, del sindicalismo, y de las cooperativas. Cada uno de ellos al ser adoptados en los dominios orientales durante la época de invasión del liberalismo, resultaba muy diferente, según el país de su adopción. Y todos y cada uno de ellos encontraron resistencia en quienes ejercían el poder. Los dirigentes buscaron siempre la oportunidad para eliminarlos.

Esta fue la tragedia de la vida de las personalidades realmente liberales y democráticas en estas regiones del este del río Elba. Realizaron la incompatibilidad intrínseca del liberalismo, del individualismo y de la democracia, con las tradiciones, hábitos y persuasiones de sus países. Mencionamos nombres tan importantes como el del Barón von Stein, Wilhelm von Humboldt, Friedrich Neumann, Max Weber, Franz Oppenheimer, Ernst Troeltsch y centenares más que podrían ser señalados. Lucharon, todos ellos, en la batalla contra el movimiento antioccidental en Prusia-Alemania y tuvieron que reconocer que la desigualdad de fuerzas era abrumadora.

Es conveniente mencionar también los movimientos políticos e ideológicos que operaban para llevar el liberalismo y la democracia a Prusia, y, desde 1871, a Prusia-Alemania. Existía el partido liberal a quien se deben muchos aspectos importantes de progreso y de libertad; tuvo la mala fortuna de negociar con Bismarck (el "revolucionario rojo que olió a sangre" como Federico Guillermo IV anota, con la siguiente adición: "para ser usado más tarde").

El éxito admirable de la época de Bismarck fue la causa de que el partido liberal se rindiera y capitulara. ¿Por qué? Porque las urgencias nacionalistas y prusianas entre la mayor parte de los miembros del partido, eran más vigorosas que sus persuasiones liberales y democráticas. No puede criticarse la posición que adoptaron. Siguieron simplemente el temor inculcado en ellos por la dirección del Estado y sus tradiciones.

No se puede decir que el movimiento social democrático tuviera mucho éxito. En verdad, para ser exactos, clamó por las

libertades del pueblo o del proletariado; vió en Prusia el foco de toda reacción y el fuerte de toda resistencia a la libertad y la democracia. Fue la vanguardia de los ideales y de las ideas occidentales entre las clases trabajadoras. Tuvo su fuerza principal, y mostró su más violenta oposición precisamente en Sajonia, Turingia, y las regiones al este del Elba. Pero, ¿qué pasó? Frecuentemente se ha hecho la observación de que el partido social democrático se organizó de acuerdo con el modelo del Estado prusiano, esto es, como un Estado dentro del Estado, con una religión establecida que era el marxismo en una forma burocrática; con un alto grado de centralización sostenida en un ejército beligerante y en los sindicatos que estaban centralizados y burocratizados, en forma similar.

Oswald Spengler es uno de los muchos escritores que reconocieron la marca prusiana en el sistema adoptado por el obrerismo. Sin duda hay algo equivocado en esta interpretación del partido socialista y del sindicalismo en Alemania, pero hay también una parte de verdad en él. De cualquier manera que sea, en 1932, el Gobierno socialista dirigente en Prusia se entregó sin una sombra de resistencia al "Gabinete de Junkers"; en 1933 la ola rugiente de un nazismo prusianizado terminó con lo que una vez había sido el movimiento obrero más eficiente y mejor organizado del mundo. No fue necesaria ninguna demostración vistosa para acabarlo. Simplemente se rindió. Se rindió a un movimiento que desde sus propios comienzos, nunca se había cansado de proclamar que la democracia, el liberalismo y las ideas occidentales de toda suerte, eran el veneno que había penetrado en el alma alemana.

Capituló ante un movimiento que no había dejado la menor duda de que borraría todo trazo de influencias y de instituciones occidentales y que restablecería lo que concebía como "germanismo puro inalterado". Este germanismo puro e inalterado fue el germanismo concebido y definido por los filósofos prusianos, por los hombres de Estado y por los escritores durante el siglo XIX. Tuvo muy poco que ver con lo que representaba la Alemania real del pasado, tal como había sobrevivido, pero que estaba vivo en la Alemania Occidental y en la del Sur.

En consecuencia, el violento ataque del nazismo desde 1933, se dirigió contra las instituciones pre-Weimar, contra la herencia del liberalismo alemán, tal como era, y contra el espíritu de

las realizaciones de la época Weimar misma. Se hizo un esfuerzo vigoroso para destruir todo lo que parecía inconsistente con lo que se declaraba ser "la manera de ser alemana", para ser fieles al caso mental del este del Elba. Con una acción encarnizada de purismo germánico, se deshizo todo el siglo XIX, siendo sus víctimas las realizaciones liberales lo mismo que las democráticas. Pero el ímpetu de agresión fue aún más lejos. Trató de deshacer la era de la Reforma, en un intento de reemplazar el protestantismo por una Iglesia germánica de tipo pagano. Y más aún, intentó destruir las más antiguas tradiciones cristianas del país, al atacar y debilitar la Iglesia católica que, naturalmente, el purismo racial encontró aún más extranjera y contaminante del alma alemana que las iglesias protestantes.

¿Qué significa la destrucción de todas las instituciones liberales y democráticas junto con el intento de establecer la lucha racial como religión? ¿Qué significa que el individuo en todas las esferas de su existencia, aun en sus más íntimas, trascienda la soberanía de los dirigentes? Los juristas coronados del nacional socialismo —los Jueces de la Corte Suprema especialmente—, han declarado en forma explícita que no existe "dominio neutral", ni esfera que no esté sujeta al Gobierno, y que el individuo no tiene derechos que no deriven del Gobierno. Cualquier desviación de un empresario en la forma de conducir su negocio no justifica, en forma alguna, el derecho del poder dirigente para ser totalitario. La libertad de acción que los individuos o los grupos puedan tener en una u otra esfera, está sujeta a la discreción de los poderes existentes y ellos lo saben.

En los confines de la lógica, es totalitario quien niega los dogmas del liberalismo y del individualismo. El liberalismo y el individualismo conciben el mundo como una entidad compuesta de varias provincias autónomas, en las cuales cada una de ellas es el centro de actividades, impulsos y contratos individuales.

El liberalismo, en el análisis final, es el pluralismo universal. Todo sér tiene su propia ley, su derecho a existir, porque todo sér tiene su justificación en sí mismo. Bajo las reglas del juego individualista, todas estas esferas están entrelazadas, unidas en una coordinación universal y automática. El francés, que es cartesiano y los británicos nacionalistas y calvinistas en

la forma suavizada del deísmo, están en la base misma de este concepto del universo y de la sociedad humana. No tienen afinidad alguna con el espíritu y las tradiciones de las regiones del este del Elba. Hasta el punto de que la influencia occidental que penetró en los linderos orientales de Europa, sufrió una transformación y una adaptación profundas, y nunca conquistó el alma oriental.

El oriente permaneció oriental y el oeste occidental. La historia puso la marca final en esta separación cuando la época de Bismarck colocó a Prusia sobre el timón de la nación germana. Esta fue la hora decisiva para Alemania y para Europa; desde entonces la penetración gradual de Alemania por medio de la filosofía prusiana del hombre, del Estado y de la cultura, empezó a seguir su curso. Las victorias del ejército alemán en la guerra mundial, los sufrimientos de la derrota, los que trajo el tratado de Versalles y luego la depresión, fueron acontecimientos que conmovieron la nación hasta su médula. En una explosión violenta de xenofobia cortó todos los ligamentos que la unían a la comunidad de pueblos europeos; se propuso ser únicamente ella misma, sin contaminación de ideas e instituciones extranjeras. Confundiendo las tradiciones y la gloria de Prusia, con las tradiciones y la gloria de Alemania, adoptó una fórmula totalitaria, como la forma verdadera del germanismo. Una vez más Prusia derrotó a Alemania, y una vez más tomó para sí el derecho de expresar el verdadero germanismo. Lo que Herde, Hegel y Fichte habían hecho décadas antes, en el campo de la literatura y de la filosofía, Hitler lo hizo entonces en relación con la totalidad de vida alemana: la prusianizó totalmente y redujo la nación a un estado de esclavitud enmarcado según las formas prusianas. Su éxito probó hasta qué punto la prusianización de Alemania había comenzado desde la época del príncipe Bismarck.

En Postdam, en ese desgraciado día de marzo de 1933, en la tumba de Federico el Grande, se consumó la entrega simbólica de Alemania al espíritu de Prusia. Los que llegaron de últimos en la historia alemana, las tierras que no tuvieron participación en la gloria de Alemania en la Edad Media, ni en el milenario romano y cristiano en suelo europeo, la "colonia" voraz como Haecker llamó a Prusia, tuvo sus días y sus años de triunfo. El oeste europeo y el mundo fueron testigos de la aparición del monstruo en

el cual la urgencia colectiva del oriente, apareció con las tendencias colectivas de la última fase del capitalismo, para formar un despotismo de lineamientos típicamente asiáticos.

### XIII

El totalismo creció libremente en un país que geográfica y culturalmente está claramente circunscrito dentro de las planicies del norte y del este de Europa. Se inició como un fenómeno ruso. Su chispa se extendió sobre Italia. Allí no fue muy lejos. Pero en Prusia-Alemania el totalismo creció en toda su estatura.

En la raíz del totalismo ruso existía, en primer lugar, la urgencia colectiva comunitaria del pueblo ruso. Esta urgencia puede ser un aspecto particular eslávico, puede estar condicionada a circunstancias religiosas, sociales y culturales. Es suficiente establecer que allí está. Muy a menudo ha sido analizada y descrita, Dostoievsky fue su novelista e investigador más brillante. Soloviev expresó una verdad sublime sobre esta urgencia comunitaria, cuando definió una nación como "una comunidad de pecado delante de Dios". Para él, lo mismo que para Dostoievsky, la colectividad de la culpa era la primera realidad de la vida.

Esta urgencia colectiva produce únicamente una predisposición hacia el totalismo. Como una urgencia pura y simple, lleva sólo a una variedad y pluralidad de grupos comunitarios. El totalismo, sin embargo, quiere decir el establecimiento de una colectividad absoluta, bajo una voluntad y una dirección; es la transformación de las provincias pluralistas de la vida nacional en un "bloque monolítico" —y no sin significación Rusia acuñó esta frase en un tiempo en donde los conservadores prusianos hablaban de la necesidad de transformar a Alemania en "un bloque de acero". La misión histórica del marxismo fue fundir a Rusia en el bloque monolítico; los revolucionarios rusos que habían adherido el marxismo, como a su evangelio, lo torcieron para adaptarlo a la situación particular rusa. En el marxismo, quema el fuego de una decisión colectivista, basada en la suposición de que existe una tendencia inescapable hacia el colectivismo, inherente al capitalismo. El colectivismo aparece allí como una forma progresiva de existencia social y, por

consiguiente, el dominio de los trabajadores es colectivista. El deseo revolucionario marxista por el socialismo, se sobrepone sobre la urgencia rusa totalitaria y colectiva. La ideología occidental del colectivismo, como la interpreta el marxismo, se injertó en un instinto racial innato, hacia formas de vida comunitarias y colectivas. En resumen: En Rusia un *ethos* que predispone al espíritu de comunidad y a las urgencias colectivas, cuando estuvo iluminado por la luz de la ideología occidental del colectivismo, produjo el primer caso de este fenómeno, tan extraño para el mundo occidental.

En Prusia-Alemania existía una predisposición similar hacia el totalismo. En las regiones del norte y centrales de Alemania sobrevivió un fuerte elemento eslávico. En estas partes de Prusia, Sajonia y Thuringia, la sangre eslava predomina sobre la sangre germana. Rudolf Nadolny, en su libro "Germanización o eslavización" (Berlín 1928) sostiene que en Alemania ha aparecido un nuevo pueblo, al este del río Elba, con la mezcla de eslavos y germanos; la fuerza numérica de esta mezcla es, de acuerdo con él, cerca de 30 millones. Guido Zernatto (en su artículo "Thought", septiembre, 1941, página 434) anotó que los números de Nadolny eran demasiado conservadores. "El pueblo germano de hoy está cambiando étnicamente de una mayoría germana a una eslávica".

El desarrollo político de estas tierras, más allá de la antigua Alemania, al oeste y al sur, aportó un elemento adicional a la predisposición de Prusia-Alemania hacia el colectivismo. Prusia, siendo desde sus principios un Estado establecido sobre pueblos conquistados, se convierte en el dirigente de acero que imponía la unidad política sobre una variedad de tribus, razas y pobladores alemanes en las tierras orientales conquistadas. Prusia organizó esas gentes en un "Estado-Pueblo" que nunca había sido un "pueblo" o una nación. La dinastía dirigente ató la aristocracia rebelde, parte alemana y parte eslava, al trono y a sus servicios militares y administrativos. Bajo el largo reinado de Guillermo Federico I, quien, con pleno derecho, ha sido llamado el fundador del Estado prusiano, se estableció una autocracia verdaderamente oriental. Fue un totalismo del cual aún el rey fue víctima. El sucesor al trono, Federico el Grande, casi pagó con su cabeza este totalismo del siglo XVIII por tratar de escapar de la opresión brutal de su padre.

Con el desarrollo industrial del siglo XIX aparece un elemento más para esta predisposición al totalismo. El rápido crecimiento y la concentración local de la industria, llevó a la formación de masas, y de instituciones colectivas de muchas clases, e hizo creer a numerosas secciones del movimiento de trabajadores en el marxismo, como un evangelio social del colectivismo. Al menos una generación de trabajadores adhieren a las ideas colectivas con el fervor de una religión. Los industriales y los hombres de negocios entraron, a su turno, dentro del movimiento del colectivismo de grupo; prueba de ello es el tremendo desarrollo de carteles y sindicatos. Son ellos, en su respectiva circunferencia, formas de propia protección, pero también medios de seguridad y dominación colectivos. Únicamente en los alrededores de la vida política y económica, quedaron algunos grupos aislados no cubiertos por estas organizaciones. Agréguese a esta organización social, el control político de prácticamente todas las esferas de la vida, partiendo desde el kindergarten y las escuelas primarias hasta la conscripción, desde la salubridad pública hasta la Iglesia establecida, y se tiene un panorama general del tremendo control de las organizaciones que trabajan en el poder, a veces con propósitos poco claros. Pero, en conjunto tienen siempre un ligamento de dominación y de mutualidad, en respuesta a una urgencia de comunidad y de necesidad socio-económicas. Naturalmente, cuandoquiera que por una razón o por otra aparece la amenaza de una catástrofe nacional, o cuando quiera que estos interruptores queden fuera de control, la Junta de Control, por su propia existencia, ofrece para quien tenga deseos de ser César las más grandes tentaciones y los medios más fáciles para tener el control total de todas las esferas de la vida. El mundo sabe ahora cuál era el César que había de venir y cuándo tomó el control.

En resumen: en Prusia-Alemania, un ethos de predisposición al espíritu de comunidad, de urgencias colectivas y de tradiciones del Estado prusiano, había organizado el tablero de control de las corrientes de poder que, definitivamente desde 1929, perdían sus ruedas de control. Es un hecho desgraciado que el nacional socialismo hubiera tomado dicho control y manejado el tablero de comando a su manera, y en la forma de un prusianismo plebeyizado.



## XIV

El totalismo de hoy se limita a una categoría definida de naciones. Para ser precisos: a una órbita definida cultural y geopolítica. A pesar de todo, lo que se diga es un **producto de las planicies eurásicas**. No ha golpeado la imaginación del mundo occidental. Las formas autoritarias de gobierno en Italia y en España no deben ser confundidas con el totalismo; son, más o menos, fenómenos de emergencia. El mundo occidental, e incluimos en él a las secciones occidental y sur de Alemania, reconoce el totalismo como su enemigo mortal.

El hecho de que Rusia hoy esté comprometida en un conflicto letal con Alemania, no es prueba contra la identidad esencial de los sistemas políticos en ambos países. Se ha anotado a menudo, por ejemplo por Franz Borkenau, que la lucha entre Alemania y Rusia es un negocio intratotalitario centralizado alrededor de la supremacía sobre las planicies eurásicas y quizá más adelante. El totalismo alemán y ruso, cuando todo se ha dicho y hecho, reconoce como sus archienemigos a las naciones occidentales y todo lo que ellas representan y defienden. Si Alemania tiene que entregarse, quizás se entregaría más bien al este que al oeste; los portavoces nazis han dicho esto aún antes de que la guerra se iniciara. Stalin, en los días fatales de agosto de 1939, cuando la guerra aparecía en equilibrio, prefirió alistarse con Alemania que con la Gran Bretaña y Francia; Alemania y todos los poderes occidentales totalitarios fueron su opción. Este hecho no disminuye en forma alguna los méritos presentes de Rusia por la causa de las Naciones Unidas, a pesar de que ella no escoge esta alianza por su propia voluntad.

Si el análisis anterior es correcto, prueba que existe una predisposición al totalismo de parte de Rusia y de Prusia-Alemania, y que esta predisposición surgió de ciertas tendencias colectivas, inherentes a la última fase del capitalismo. Las naciones occidentales no tienen urgencias innatas hacia formas de vida colectivas o comunitarias. Sin embargo, su desarrollo social y económico unido a las tendencias políticas de nuestra época, produce ciertos aspectos colectivos. ¿Pueden estos aspectos y tendencias volverse tan poderosos y extendidos como para ofrecer en el futuro a un grupo político dinámico la tentación de tomar, bajo favorables circunstancias, el tablero de control y es-

tablecer, no importa bajo qué grito atractivo de combate, una forma totalitaria de Gobierno?. Esto dista mucho de ser imposible.

Si las naciones occidentales desean preservar sus sistemas de vida, deben prestar atención a estas tendencias y aspectos que pueden madurar en la forma de un tipo occidental del totalismo. Cualquier política de "laissez faire" en esta dirección, sería mal aconsejada; pero igualmente mal aconsejada sería una política socio-económica, que pusiera un dominio ilimitado en manos de los Gobiernos, lo que eliminaría las funciones de las unidades sociales pequeñas y de las subdivisiones políticas. El hecho de que el totalismo fuera engendrado en el mundo germano-eslávico de las planicies eurásianas, no implica que no pueda prosperar en cualquier parte del mundo en las últimas fases del capitalismo.